

Prejuicios del mercado *

Mons. Robert W. McElroy

Obispo auxiliar de San Francisco

Recibido 5 de diciembre de 2014
Aceptado 12 de diciembre de 2014

RESUMEN: La desigualdad social se ha convertido en una de las cuestiones centrales del debate actual, tanto en el terreno del análisis como de las propuestas, ya sea en el ámbito académico o en la intervención directa y el activismo social. Pensadores como Thomas Piketty¹ o Branko Milanovic han llevado el debate fuera de los ámbitos académicos, mientras que entidades sociales como Oxfam o Cáritas también han situado esta cuestión en el centro de su discurso. Este debate social también afecta a la reflexión cristiana, y el mismo papa Francisco ha entrado en él, suscitando diversas reacciones, incluyendo algunas críticas. Este artículo, publicado en Estados Unidos, recoge bien el debate suscitado, en un país tan marcado por la defensa de la propiedad privada y la economía de mercado, como por la abierta deliberación pública. Por ello, *Razón y fe* ha considerado relevante ofrecer su contenido a los lectores de habla hispana, pues su evidente interés supera las limitaciones del contexto concreto en el que surge.

PALABRAS CLAVE: desigualdad económica, papa Francisco, doctrina social de la Iglesia, salario, mercado, inequidad.

Desafíos del papa Francisco a las desigualdades salariales

En un tuit que se leyó en todo el mundo en el mes de abril de 2014, el papa Francisco les dijo a más de diez millones de seguidores, en nueve idiomas diferentes, que

«la desigualdad es la raíz del mal social». Este diagnóstico del Papa no sentó bien a muchos católicos americanos, que criticaron tal afirmación por ser radical, simplista y poco clara. Esta reacción supone un claro contraste a la acogida entusiasta que el nuevo Papa ha te-

* Traducción: Paula Merelo Romojaro. Este artículo se reproduce con permiso de America Press, Inc.

¹ Se acaba de publicar la traducción castellana de su última e influyente obra. Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 2014. (N. de la R.).

nido en Estados Unidos. Desde el momento de su elección, el papa Francisco ha captado la atención de los americanos con su mensaje y su ejemplo, incluso cuando nos ha urgido a todos a vivir una renovación profunda y a reformar nuestras vidas. Los americanos se toman muy en serio la llamada del Papa a construir una cultura eclesial que deje a un lado las críticas destructivas, aplauden las reformas estructurales en el Vaticano y admiran la preocupación continua de Francisco por las necesidades pastorales de los hombres y mujeres de a pie.

Sin embargo, el hecho de que esta afirmación del Papa sobre el escándalo que supone la desigualdad económica de nuestro mundo haya provocado reacciones muy diferentes, no le ha detenido para seguir hablando del tema, que lleva muy dentro de su corazón, reiteradamente y con pasión. Lo que el papa Francisco tuiteó en ocho palabras lo había desarrollado extensamente cinco meses antes en su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* (n. 202):

«La necesidad de resolver las causas estructurales de la pobreza no puede esperar [...]. Mientras no se resuelvan radicalmente los problemas de los pobres, renunciando a la autonomía absoluta de los

mercados y de la especulación financiera y atacando las causas estructurales de la inequidad, no se resolverán los problemas del mundo y en definitiva ningún problema. La inequidad es raíz de los males sociales».

El papa Francisco identifica la desigualdad como el fundamento de un proceso de exclusión que deja a sectores inmensos de la sociedad fuera de la participación significativa en la vida social, política y económica. Da origen a un sistema financiero que regula en lugar de estar al servicio de la humanidad y a un capitalismo que literalmente mata a aquellos que no son útiles como consumidores. Inevitablemente, esta exclusión destruye toda posibilidad de paz y seguridad dentro de las sociedades y a nivel global. El grito de los pobres captado en la *Evangelii Gaudium* es un reto a «la mentalidad individualista, indiferente y egoísta» que tanto predomina en las culturas actuales del mundo. Es una llamada a confrontar el mal de la exclusión económica y comenzar un proceso de reforma estructural que lleve a la inclusión y no a la marginación.

Comentaristas del mundo de la política, la economía y los negocios han hablado para identificar los defectos y limitaciones de

la denuncia del Papa a favor de la justicia mundial. Algunos de estos comentarios han sido superficiales y muy politizados, otros han sido meditados e incisivos. La crítica emergente hacia el mensaje del Papa sobre la desigualdad se centra en tres temas fundamentales. El primero es que el Papa no entiende la importancia de los mercados. El segundo, que la crítica de Francisco se dirige a un tipo de capitalismo muy diferente al sistema económico de los Estados Unidos. El tercero, que la visión del Papa está influenciada por sus raíces latinoamericanas y no encaja para nada con la línea de sus predecesores. Por lo tanto, las críticas de Francisco a la economía mundial son consideradas ingenuas, fuera de lugar o extremas doctrinalmente, según los casos.

Sin embargo, una lectura pausada de las palabras del Papa Francisco acerca de la desigualdad y el aluvión de críticas que estas han recibido suscita otra posibilidad: que la respuesta negativa contra el mensaje del Papa no haya sido provocada por el hecho de que desconozca los mercados, la naturaleza de economías como la de Estados Unidos y la trayectoria de la Doctrina Social católica, sino precisamente porque reconoció las realidades y, al hacerlo, ha planteado cuestiones fundamen-

tales sobre la justicia y el sistema económico americano.

De forma específica, los textos del Papa sobre desigualdad y justicia económica apuntan a las falacias inherentes a una serie de prejuicios culturales fundamentales que están profundamente enraizados en la sociedad americana. Estos prejuicios están relacionados con el sentido y el significado de la desigualdad económica en sí misma, la situación moral de los mercados globales y la relación entre actividad económica y pertenencia a la sociedad. Sólo examinando la legitimidad de cada una de esas suposiciones puede reconocerse la importancia de la crítica del papa Francisco y el reto que supone. Sólo analizando la mentalidad cultural que estas suposiciones han generado se puede entender cómo, en conjunto, sesgan la posibilidad de una mayor justicia en el sistema económico americano y la comunidad mundial hoy en día.

El orden natural

El primer prejuicio cultural es que los niveles actuales de desigualdad económica, tanto nacional como internacional, son algo natural que forma parte de una economía saludable. La lógica detrás de esta presunción es sencilla: cual-

quier sistema económico que busque potenciar el crecimiento debe incentivar la iniciativa individual y el esfuerzo. Sólo por esta razón, la desigualdad económica será evidente y consustancial a cualquier país que valore el crecimiento y la oportunidad.

Bajo esta premisa, las desigualdades económicas son naturales también en un sentido más esencial. Las desigualdades económicas nacen del derecho de los hombres y mujeres a usar sus talentos como elijan, y de las reivindicaciones de la justicia que recompensan a las personas por sus contribuciones a tareas específicas. Las sociedades podrían tener la obligación de propiciar un umbral de sostenimiento económico a sus ciudadanos, pero ir más allá y tratar de limitar la desigualdad económica no sólo paralizaría el crecimiento económico sino que violaría las normas fundamentales de la justicia.

Para el pensamiento cristiano, sin embargo, este presupuesto tan reconfortante para la cultura americana es absolutamente inaceptable. El pensamiento católico no arranca de la necesidad de maximizar el crecimiento económico o las demandas individuales de recompensas, sino de la igualdad en la dignidad de todo hombre y mujer, que han sido creados a imagen de Dios. Tal y como cita la Constitu-

ción Pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual en su número 29:

«... la igual dignidad de la persona exige que se llegue a una situación social más humana y más justa. Resulta escandaloso el hecho de las excesivas desigualdades económicas y sociales que se dan entre los miembros y los pueblos de una misma familia humana. Son contrarias a la justicia social, a la equidad, a la dignidad de la persona humana y a la paz social e internacional».

Las graves desigualdades tanto dentro de las mismas naciones como entre ellas son automáticamente sospechosas en el pensamiento católico y no constituyen el orden legítimo natural sino una profunda violación de ese orden.

Es esencial darse cuenta de que el Concilio no está hablando en este texto del derecho, menos controvertido, a un salario mínimo. Está hablando explícitamente de las disparidades de ingresos. La doctrina católica ha reconocido hace mucho tiempo que el daño más profundo causado por la desigualdad económica no es el puramente material sino los efectos sociales, psicológicos y políticos que surgen de las grandes desigualdades económicas. Aquellos a quienes

se margina económicamente, son también marginados en el terreno de la educación, la vivienda y las oportunidades laborales. Como resultado de todo esto, tal y como el papa Francisco concluye, se les excluye también de la sociedad: «Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son “explotados” sino desechos, “sobrantes”».

La afirmación del papa Francisco de que los niveles indignantes de desigualdad constituyen una profunda injusticia y no un elemento necesario del orden natural ha supuesto el principal punto de fricción que late bajo el rechazo a su mensaje en los Estados Unidos. Cuando el país más rico del mundo tiene los niveles más altos de desigualdad de ingresos netos entre los países desarrollados, estamos hablando de injusticia, no de orden natural. Cuando las 85 personas más ricas del mundo tienen más riqueza que los 3.500 millones más pobres, estamos hablando de injusticia, no de orden natural. Las corrientes culturales de la vida americana que afrontan estos grotescos niveles de desigual-

dad como algo inevitable en una economía de mercado constituyen una ideología de justificación y complacencia, y son irreconciliables con el sentido de complicidad en la injusticia y el imperativo de reformar tal corriente a partir de cualquier aplicación significativa del evangelio a las relaciones económicas de nuestro mundo.

El mercado sagrado

El segundo prejuicio cultural ampliamente extendido en los Estados Unidos es que la libertad de mercado es un imperativo categórico en lugar de una libertad instrumental. Ninguna de las ideas de la doctrina del papa Francisco sobre justicia y economía ha sido más criticada que su rechazo a la autonomía absoluta de los mercados. Los defensores del capitalismo americano han liderado dos argumentos diversos para hacer frente a las críticas del Papa. Por un lado, que los sistemas económicos en el mundo occidental no son de facto absolutamente autónomos, sino que están sujetos a regulaciones que salvaguardan los derechos humanos. Por otro, que el libre mercado es el mejor motor para generar riqueza para todos los sectores de la sociedad y para encarnar el derecho a contratar y emprender iniciativas económicas. Por estas razones, los

mercados relativamente libres conducen al establecimiento de la justicia económica en el mundo.

Sin embargo, tal y como enseña la Doctrina Social de la Iglesia durante la última mitad de siglo, los mercados libres no constituyen un principio prioritario de la justicia económica. Su libertad es meramente instrumental en la naturaleza y debe ser estructurada por la sociedad y los gobiernos para alcanzar el bien común. En *Centesimus Annus*, en la que de forma muy hábil san Juan Pablo II integraba el aprecio moderno por los mercados en la Doctrina Social católica, dejaba claro que cualquier sistema de mercado debe estar «encontrado en un sólido contexto jurídico que lo ponga al servicio de la libertad humana integral y la considere como una particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso». Y señalando los daños provocados por el colapso financiero de 2008, el papa Benedicto XVI afirmaba en *Caritas in Veritate* que tanto la justicia social como la distributiva son esenciales para complementar la justicia conmutativa de los mercados, porque «si el mercado se rige únicamente por el principio de la equivalencia del valor de los bienes que se intercambian, no llega a producir la cohesión social que necesita para su buen funcionamiento». La convicción sostenida por la

doctrina católica es que la dignidad de la persona humana es la medida de todo sistema e institución y los mercados deben ser estructurados de tal manera que reflejen esa perspectiva.

Es a la luz de esta postura fundamental que el papa Francisco habla de la cuestión de los mercados y condena el absolutismo de aquellos que se resisten a las reformas estructurales que traerían mayor justicia y los pondrían al servicio de la dignidad humana. Identifica un acercamiento «sacralizado» a las estructuras de mercado existentes, que resisten todas las peticiones de cambio y de reforma en nombre de la libertad y la eficiencia. Desde este prisma sacralizado, cualquier ataque al *status quo* aparece como un intento de centralización estatal, una intrusión en la libertad personal o una invitación al estancamiento económico.

Esta misma sacralización de los mercados ha marcado el retroceso que han enfrentado todos los momentos de intento de reforma en la historia económica americana: durante los movimientos de reforma agraria y populista del siglo XIX, las reformas progresistas de inicios del siglo XX y las reformas de la Gran Depresión. En cada uno de esos momentos, aquellos que buscaban el cambio se enfrentaron a defensas absolutas de los mercados que tachaban cualquier alteración de

las estructuras de asaltos a la libertad y la prosperidad. Irónicamente, es a estas mismas reformas a las que apuntan los defensores de los mercados hoy día como prueba de que nuestras estructuras de mercado no son absolutistas.

La libertad de los mercados es esencial para una economía activa y justa, pero se trata de una libertad instrumental, no un imperativo categórico. Los mercados existen para servir a la persona humana y a las comunidades humanas. Es obligación de la sociedad y de los gobiernos estructurar los mercados de tal modo que puedan desempeñar esta función de la mejor manera posible.

Los que dan frente a los que reciben

El último de los prejuicios culturales es que existe una división fundamental en la sociedad americana entre aquellos que contribuyen económicamente a la sociedad y aquellos que no lo hacen. Esta idea surgió en el lenguaje empleado en 2012 en las elecciones presidenciales en las que se hablaba de dos grupos: «los que dan» y «los que reciben»². «Los que dan» son

aquellos que pagan en forma de impuestos más de lo que reciben como beneficios del gobierno. «Los que toman» son aquellos que reciben más beneficios de lo que pagan en impuestos. Aunque no fueron muy precisos a la hora de explicar qué beneficios se tenían en cuenta para hacer este cálculo y si aquellos que en el pasado habían contribuido económicamente pero ahora estaban jubilados o tenían alguna incapacidad tenían que ser incluidos como receptores o no, el tema central fue que un sector de la sociedad americana continuamente desangra el sistema económico americano.

Este asunto se ha visto agravado por los niveles crecientes de desigualdad en los Estados Unidos, y el retroceso en movilidad económica de aquellos que nacieron en el quintil más bajo de la población en lo que se refiere a ingresos. Consecuentemente, la exclusión frente a la que el papa Francisco advierte ha dañado el diálogo público y la unidad dentro de la sociedad americana. Los pobres, que eran foco central de la acción política y preocupación ciudadana durante los años sesenta y setenta, han sido ahora arrojados del escenario del debate público. Los programas de ayuda a los pobres tienen que ser justificados de acuerdo con los beneficios colaterales que aportan a la

² En el original: «the makers» and «the takers» (N. de la T.).

clase media. Y un argumento poco articulado pero muy presente para este cambio cultural es la noción de que los pobres son responsables en gran medida de su propia pobreza.

Una gran ironía respecto a este mito de los que dan y los que reciben es que las estructuras de inequidad han generado enormes obstáculos a la creación de empleo significativo para muchos jóvenes. El papa Francisco ha hecho referencia en numerosas ocasiones a esta escasez de trabajo diciendo:

«No podemos resignarnos a perder toda una generación de jóvenes que no tienen la fuerte dignidad del trabajo... No tener trabajo no es solamente no tener lo necesario para vivir, no... El problema es no llevar el pan a casa: esto es grave, y esto niega la dignidad».

A menos que se lleven a cabo reformas económicas estructurales para solucionar los obstáculos que impiden crear más empleo, el ciclo de exclusión social y económica que se encuentra en el centro del desafío del Papa al sistema económico existente continuará creciendo.

Estados Unidos, durante el curso de la historia, ha empleado la creativi-

dad individual, los vastos recursos naturales, la libertad de mercado y la cohesión social para construir la economía más poderosa que el mundo haya conocido hasta el momento. Sin embargo, al igual que el hombre rico en la parábola de Lázaro, estamos ciegos a nuestras obligaciones para con los pobres y marginados por suposiciones culturales que son irreconciliables con el evangelio. En Estados Unidos, estos prejuicios distorsionados nos convencen de que la extrema pobreza es inevitable en nuestro país y en el mundo entero, de que las reformas estructurales de nuestros mercados reducirán el crecimiento drásticamente y conducirán a un estado centralizado y que los pobres se merecen lo que tienen.

El papa Francisco, en su visión de una sociedad inclusiva, nos ha dado la oportunidad de desafiar estas suposiciones directamente con la fuerza del evangelio y la esencia de justicia. Es clave que la comunidad católica de Estados Unidos, como seguidores de Jesucristo y como ciudadanos que amamos nuestro país, llevemos este mensaje de inclusión con toda su fuerza a la hora de hacer frente a las cuestiones de pobreza, exclusión y desigualdad. ■